



Capítulo 274 - Te equivocaste

El trío cruzó el umbral del castillo con pasos tranquilos, mientras el sonido de sus zapatos resonaba suavemente contra las paredes de piedra pulida. El interior era tan majestuoso como prometía el exterior: columnas de mármol negro con vetas plateadas se elevaban hacia un techo abovedado pintado con escenas de antiguas guerras entre monstruos y cazadores, como si el propio castillo albergara recuerdos de épocas olvidadas.

Antorchas mágicas ardían a lo largo de las paredes con llamas azuladas, proyectando sombras etéreas que parecían moverse por sí solas.

Kaguya los condujo por un amplio pasillo hasta que un par de puertas dobles se abrieron sin que nadie las tocara. Más allá se encontraba el salón de banquetes.

La mesa era larga, hecha de madera antigua y oscura, con la superficie tallada con rostros atormentados y símbolos rúnicos desgastados por el tiempo. En el lado izquierdo, donde Virgilio y Zafiro fueron guiados a sentarse, había un auténtico festín de platos exóticos: carnes asadas con cortezas doradas, verduras caramelizadas, pasteles rellenos de frutos rojos, quesos curados y una refinada selección de vinos, todos humanos, absurdamente caros y meticulosamente presentados.

A la derecha... solo una hilera de copas de cristal llenas de un líquido espeso y escarlata. La ausencia de cubiertos, platos o incluso servilletas dejaba claro: los invitados de Alucard no masticaban. Bebían a sorbos.

Vergil lanzó una mirada seca hacia el lado opuesto de la mesa.

"Es muy atractivo", murmuró.





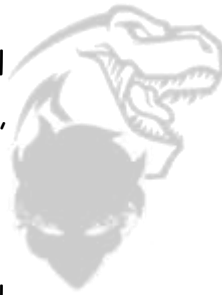
Alucard se sentó con elegancia y tomó una de las copas. Revolvió el contenido con un gesto refinado, inhalando el aroma antes de llevárselo a los labios.

Zafiro inclinó la cabeza, con los ojos fijos en él, y comentó casualmente: "¿Aún finges que el vino de sangre tiene un ramo?"

Alucard esbozó una sonrisa dentada. «Sangre virgen, destilada hace un siglo... sí que tiene aroma. Me recuerda a cerezas negras y promesas incumplidas».

Vergil se aclaró la garganta. "Qué poético. Supongo que la cosecha de 1842 se elaboró con monjas asadas lentamente al fuego, ¿no?"

—En realidad, sí —respondió Alucard con deleite, apoyando el codo en el reposabrazos y sonriendo casi con amabilidad—. Ya sabes de qué sangre eres, Vergil. Me conmueve.



Zafiro cogió una copa de vino normal y la olió brevemente. "Al menos el nuestro todavía es de uva. Me daría pena que algún sumiller humano descubriera que has sustituido el Burdeos por el A positivo".

—Ah, pero la decadencia es parte del arte. —Alucard dejó su copa y extendió la mano. Al instante, una doncella apareció de la nada, inclinándose respetuosamente antes de susurrarle algo al oído. Escuchó pacientemente, asintió levemente y luego la despidió con un gesto elegante.

"¿Malas noticias?", preguntó Zafiro con indiferencia, mordisqueando un higo relleno de queso y miel.

—Nada grave —respondió el vampiro—. La tormenta se intensifica... pero no parece natural.



"Maravilloso", murmuró Vergil, pasando el cuchillo por la succulenta carne que tenía delante sin mirarla siquiera. "Porque nuestro día iba demasiado bien".

Alucard se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes de diversión. «Centrémonos en la hospitalidad, ¿de acuerdo? Has recorrido un largo camino. Y aunque Azazel fue un poco... dramático con su sutil invitación, tu presencia aquí es un honor».

"Honrada, vigilada y posiblemente manipulada para una confrontación diplomática velada", dijo Sapphire, bebiendo su vino como si fuera jugo. "Me encanta viajar".

Vergil, sin embargo, no respondió. Sus ojos estaban fijos en un sutil detalle: al fondo del pasillo, cerca de las cortinas negras que se mecían con el viento de la tormenta exterior, percibió algo... una presencia tenue. Casi imperceptible. Pero allí estaba.



—Reforzaron los dormitorios —dijo lentamente, sin apartar la vista del punto oscuro tras la cortina—. ¿Pero también reforzaron los pasillos?

Alucard hizo una pausa, analizando la pregunta. Por un instante, incluso él pareció genuinamente pensativo. "...Algunos, sí. Este, de hecho."

—Entonces algo entró. —Vergil dejó los cubiertos. Tenía los dedos tensos.

Zafiro levantó la mirada, sus ojos brillaron en un tono de azul más vivo, como si el maná en su cuerpo hubiera despertado.

Si es un espía, espero que haya traído un cuaderno. Aprenderá lo que significa estar en la misma habitación con dos demonios aburridos.



Alucard guardó silencio, pero su mirada también se desvió hacia el rincón oscuro. Las sombras allí parecieron encogerse ante la mirada de los tres.

Kaguya apareció como una aparición, arrodillada junto a Alucard. «El sello del flanco este del castillo se ha roto, Alucard-sama. Un intruso de rango desconocido acaba de entrar a través de la niebla».

"¿Cómo es de desconocido?" preguntó, ahora serio.

Maná denso. Caótico. Múltiples firmas. Parece... un híbrido. —Pronunció la última palabra como si le disgustara pronunciarla.

Zafiro entrecerró los ojos. "Ah... uno de esos."

Vergil se levantó lentamente de su silla. El aire a su alrededor cambió. Su presencia se acentuó, como si la habitación, el castillo, el mundo que los rodeaba necesitara adaptarse a su verdadera naturaleza.



—Siempre es durante la cena —murmuró Vergil, levantándose lentamente.

Alucard suspiró con una sonrisa cansada, como un anfitrión que ya esperaba que la fiesta se arruinara. "Encárgate, ¿sí? Necesito hablar con los invitados antes de que se me acabe la paciencia y decida cruzar el pasillo solo para masacrar a ese bastardo".

—Sí, maestro. —Kaguya hizo una elegante reverencia antes de desaparecer como humo en el viento.

Vergil observó el espacio vacío que ella dejó. "...Ella es servicial."



Alucard volvió a sentarse, recomponiéndose con gracia. «Los buenos subordinados son esenciales en el mundo en que vivimos. Los de Zafiro, por ejemplo, son particularmente eficientes... ¿Cómo se llamaba...? Ah, sí: Viola».

Miró directamente a Zafiro, con los ojos entrecerrados y la sonrisa en sus labios afilada como una espada.

¿Por qué no me la vendes?

Zafiro respondió con un brillo peligroso en los ojos, tomando una copa de vino —vino normal, muy humano— y removiendo el líquido con elegancia. «Porque te mataría antes de siquiera considerarlo».

Ella sonrió y luego bebió, como si hubiera dicho algo trivial.

"Ah, claro..." Alucard se recostó, riendo suavemente. "La última vez que nos vimos... fue cuando perdí a mi tercer general, ¿no?"

Zafiro hizo una mueca pensativa, como si intentara recordar algo irrelevante. "Mmm... entonces no era tan fuerte después de todo."

Vergil esbozó una sonrisa mordaz. «Ser llamado general y morir por una doncella... es, sinceramente, patético».

Alucard parpadeó una vez y luego giró lentamente la cabeza hacia Zafiro, arqueando una ceja con genuina curiosidad. "¿Es tu marido y no sabe nada de Viola?"

Zafiro se encogió de hombros, serena como la luz de la luna. "Nunca preguntó."





Vergil arqueó una ceja, pero no dijo nada de inmediato. Simplemente la miró con una mezcla de sorpresa contenida y orgullo silencioso. Entonces, por fin, habló:

"Realmente sabes cómo mantener las cosas interesantes".

Zafiro soltó una risa suave y cruel. «Si te contara todo lo que hago, la vida perdería su encanto».

Alucard ladeó la cabeza, sonriendo como si descubriera un vino nuevo y excepcional. "Ustedes dos realmente se merecen el uno al otro. Es encantador... de una manera absolutamente condenable".

"Somos una obra maestra de la decadencia", respondió Zafiro, brindando con su copa. "Y tú solo eres el marco agrietado que finge ser parte del arte".

—Un toque sutil —rió Alucard—. Casi me ofendí.

Vergil se recostó, cerrando los ojos un instante, absorbiendo la atmósfera pesada de la habitación. Murmuró, como si no le hablara a nadie:

—Entonces, dime... ¿qué te trajo aquí? Azazel mencionó que quería hablar conmigo —dijo Alucard, volviéndose con calma hacia Vergil; sus ojos rojos brillaban bajo la suave luz de las velas.

Vergil se cruzó de brazos, con una voz fría como el acero. «Quiero saber por qué mis esposas fueron atacadas por varios vampiros mientras yo estaba fuera».





La atmósfera en la habitación cambió instantáneamente.

El aire se volvió denso, casi sofocante. Una ola de presión maligna cubrió el espacio como un velo sofocante. La luz de la vela parpadeó, e incluso el vino en la copa de Zafiro se estancó por un breve instante, como si la realidad misma dudara.

Zafiro arqueó una ceja y lentamente volvió la mirada hacia Alucard. Su sonrisa desapareció.

"¿Hm?" Alucard parpadeó, genuinamente confundido por un momento. "No fui yo."

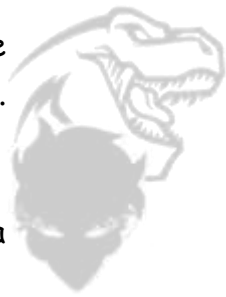
Su voz se mantuvo tranquila, pero ahora había una ligera tensión tras ella. Se recostó en su silla, como si evaluara a un enemigo invisible entre las sombras.

Virgilio permaneció inmóvil, con los ojos entrecerrados. Su presencia era como una espada a punto de ser desenvainada.

"Los atacaron en cuanto descubrimos el fragmento", dijo en voz baja, pero lleno de furia contenida. "Intentaron matarlos mientras yo no estaba. Y encima... dejaron una maldita huella energética".

Alucard se detuvo un momento, tamborileando lentamente con los dedos en el brazo del sillón. Al hablar, su voz estaba cargada de sarcasmo, pero había una chispa peligrosa tras sus palabras.

¿Y aún crees que cometería el tremendo error de atacar a Zafiro, Sefiroti, Rapphaeline y Stella... todas a la vez? —Se inclinó hacia delante, con la mirada fija en Vergil—. ¿Después de todo lo que les he visto hacer? ¿Estás loca? ¿Quizás una lunática?





Vergil mantuvo la mirada fija. "Estoy considerando todas las posibilidades."

"Considerar es diferente a acusar", respondió Alucard, visiblemente irritado. "Si quisiera que sus esposas murieran, no dejaría rastros visibles de mi energía. Enviaría algo indescriptible... y me aseguraría de arrancarles el corazón a cada una personalmente".

Zafiro resopló levemente, cruzando las piernas. "Alguien está mintiendo. O provocando".

—Claro que me están provocando —dijo Alucard, reclinándose de nuevo—. Pero a mí no. Te están provocando a ti, Vergil. Y están usando mi nombre como cebo.

En cuanto dijo esto, el cuerpo de un vampiro cayó junto a Alucard, y Kaguya hizo una reverencia. «El Intruso, mi Rey».



"Oh... qué lindo", murmuró Alucard con una sonrisa torcida, levantando dos dedos. El cuerpo del vampiro fue arrancado violentamente del suelo, suspendido no por cuerdas, sino por la sangre misma, que serpenteaba como cadenas invisibles a la orden de su amo.

—Espía —dijo con tono aburrido—. De la misma criatura que tiene el fragmento que tanto deseabas, Vergil.

Vergil frunció el ceño; la desconfianza crecía en su mirada. "¿Qué quieres decir? ¿No llevas el fragmento?"

Alucard lo miró con una expresión casi divertida, como si Vergil hubiera contado un chiste. "Ah... ¿así que eso es lo que te trajeron?" Suspiró, haciendo



girar el vaso en sus manos. "Parece que Paimon y sus demonios fueron engañados. Otra vez."

Su mirada se volvió más fría.

—La verdad, querida... es que nosotros, los vampiros, estamos en guerra. Internamente. Y este —señaló al espía que se retorció en el aire— es solo uno de los gusanos que se atreve a hacer de titiritero con el nombre de mi clan.

Sin siquiera parpadear, Alucard cerró los dedos y el cuerpo del vampiro explotó en una lluvia de sangre.

El silencio que siguió fue tan denso como el humo.

Zafiro se limpió una gota de vino que casi salpicó. "Bueno... al menos sabemos que la desinformación está muy extendida".

